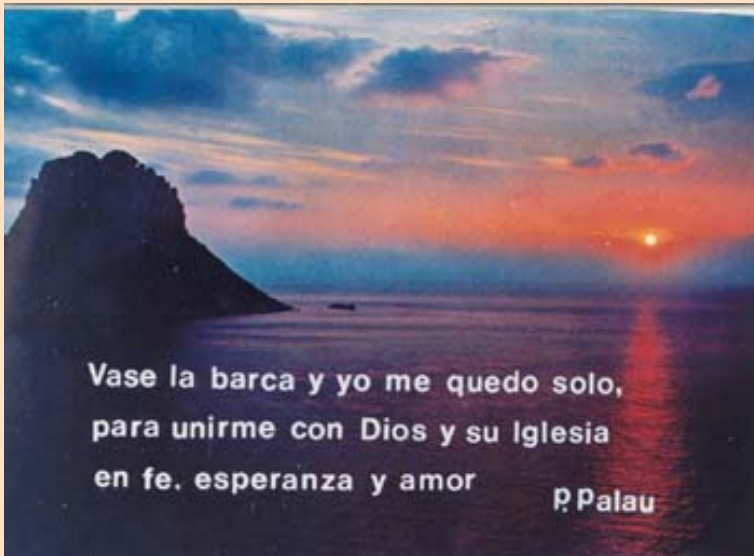


LA NOCHE DEL VEDRA

Pili Jordá, cmt



Cuentan los que cuentan que, en las noches del Vedrá, muchos personajes bíblicos se paseaban por el monte. Esperaban que alguien, en algún lugar, estuviera orando para hablar con él desde la oración. Pero nada, todo el mundo dormía, y así pasaba el tiempo sin que nadie pudiera escuchar el "mensaje de los cielos"

Hasta que un día llegó un pobre fraile que buscaba en aquellas peñas el reposo y la paz, el silencio, la oración..., quería retirarse en ese islote que se hallaba a una hora de distancia de Ibiza; sus peñas acolumnadas se levantaban sobre el profundo mar Mediterráneo, alguien lo llevó en una barquita, una vez allí la barca se fue, y quedó nuestro carmelita, solo por unos días, para unirse con Dios y con su Iglesia, en fe, en esperanza y amor.

La verdad es que en esas noches sin luz y con tantos ruidos, de los animales, del viento, de las olas que chocan fuertemente en las rocas..., uno, sin querer, puede tener cierto miedo, aun estando escondido en una cueva. Pero ya veis, el P. Francisco Palau allí estaba, dispuesto a encontrarse con Dios.

Todos los personajes bíblicos querían ser los protagonistas, todos querían entrar en la oración de aquel ermitaño para ser mensajeros de Dios.

Ante tal barullo, el Padre, Dios de cielos y tierra, tuvo que poner orden, así que hizo una lista, en ella escribió los nombres de las mujeres que en la Biblia representan a la Iglesia. Y de este modo fueron pasando una a una: Rebeca, Sara, Esther, Judit, Débora, Raquel...

Una a una le fueron hablando de las cosas que suceden en el cielo. Le dijeron que ellas, en el cielo, ven las cosas con toda claridad, sin sombras, y que no sufriera, que en la tierra eso resulta más difícil, ya que las cosas de Dios no se pueden ver sino en fe.

Aquel carmelita cada vez sentía que tenía el corazón un poco más esponjado, más lleno, más palpitante. Resulta que a través de esas mujeres de la Biblia, Dios, el Rey de Cielos y Tierra, se daba a conocer de un modo cada vez más claro al P. Palau. Y es que Dios tiene esas cosas de darse todo entero a quien de verdad lo busca, y claro, nuestro corazón es tan chiquitajo y Él es tan grande que su presencia es algo que desborda.

Cuentan los que cuentan, que con todas esas visitas el P. Palau se sentía cada vez más animado y fortalecido.

Hasta que le llegó el turno a María, que por ser tan buena había dejado pasar a todo el mundo y se había puesto la última.

Le dijo algo pequeño y grande al mismo tiempo, lo que queda con tantas letras escrito en una sola palabra, pero una Palabra tan grande, tan ancha y tan profunda que llegaba hasta el infinito, pues aquella Palabra era la única y verdadera pronunciada por la boca de Dios. La Palabra era el mismo Dios, encarnado en Jesucristo, y Cristo era la cabeza de un Cuerpo maravilloso que formamos todos, la Iglesia.

De repente, el P. Palau se dio cuenta de que María llevaba un vestido muy claro y luminoso, era como un espejo, y en ese espejo estaba reflejada toda la Iglesia: hombres y mujeres, niños y niñas, ancianos y jóvenes de todos los tiempos, todos, todos estábamos ahí junto con Cristo, que es la cabeza de ese cuerpo que formamos todos. Eso es la Iglesia, y a esta Iglesia reflejada en María, el P. Palau sintió que la amaba con toda su alma, con todas sus fuerzas, con todo su ser.

Su mensaje, el que María susurró al oído del P. Palau, fue el más bello de los siglos, y la vida de aquel carmelita cambió para siempre, y fue el hombre más feliz de la tierra. Y cuentan los que cuentan que este cuento no es un cuento, que este cuento fue verdad.